FOTO OPINIÓN | EN SYDNEY LOS BOMBEROS RECIBEN UN HOMENAJE POR SU INTENSA Y DIFÍCIL LABOR DE EXTINCIÓN DE LOS INCENDIOS QUE TIENEN EN ALERTA MÁXIMA AL PAÍS Y QUE HAN OCASIONADO INCONTABLES VÍCTIMAS ANIMALES.



FOTO **AFP**

LA NUMERADA

2G. UTOPÍA SOCIAL

Por **JUAN MANUEL ALZATE VÉLEZ**
alzate.jm@gmail.com



Escenario hipotético.

El aire infectado generó saturaciones auditivas en humanos. Ruidos que borraron de sus mentes concepciones previas. Ideas se redujeron a nada en medio de inquietudes ensordecedoras. Desencadenaron en silencios reflexivos absurdos. Estos, en introspecciones profundas que crearon individuos capaces de observar primero. De escuchar antes de hablar. De hacer antes de criticar.

Con este nuevo restablecimiento del orden, hubo consenso en la necesidad de lograr conexiones profundas entre desconocidos. De participar más activamente de esa comunidad. De verse y entenderse como cercanos y no como anónimos en las calles. Esto no implicaba conocer por el nombre los encuentros aleatorios al circular por las calles; sino un simple entendimiento de que todos comparten el mismo interés. Uno sano y constructivo: cuidarse a sí mismo y a los suyos, exigir el respeto básico para sí y sus allegados. Desarrollar y explotar la empatía.

Ver al ciclista varado por llanta y atreverse a ayudarlo. Ceder la silla en el bus. Ponerse los zapatos del otro sin siquiera juzgar su pensamiento. Reconociendo en cambio que, en otro contexto, podría ser un amigo o un familiar.

Bajo esta nueva lógica, existía un entendimiento colectivo de que todos quieren volver en la noche a casa a reunirse con sus allegados, comer, disfrutar de conversaciones. Reposar después de un día lleno de actividades que cultivan cuerpo y alma.

Esta configuración logró que todos indistintamente, admitieran que buscan varias cosas y las mismas a la vez. Un norte común con varias dimensiones. Un consenso colectivo que valía la pena defender. En esa búsqueda se listaban. (i) Espacios de descanso y entretenimiento sanos y saludables. (ii) Relaciones emocionales constructivas, de aquellas que no son idílicas o imitaciones de epopeyas de libro o película; sino de las que retan capacidades emocionales porque por su naturaleza, las relaciones afectivas oscilan, engordan y enflaquecen, pero llenan de gratitud en el largo plazo. Incluso en las utopías como esta, las relaciones emocionales admiten esas variaciones. (iii) Trabajos que les permitieran desarrollar sus capacidades mentales y físicas, retos difíciles de superar o de aguantar, posiciones que permiten experimentar la necesidad de crecer en lo personal y ofrecer lo mejor de sí para lograr por méritos propios lo que cada quien busca: un techo para vivir, alimentación y buen descanso para los suyos.

De esa forma, los que antes eran desconocidos en las calles, y en muchos casos despectivamente mal llamados "la gente", pasó de ser un colectivo peyorativo a un individuo valioso y que compartía los mismos intereses propios. Uno que admitió alinearse bajo las mismas expectativas: ese interés sano y constructivo que procura cuidarse a sí mismo y a los suyos.

Los antes anónimos y ahora cercanos comenzaron a respetar las opiniones y acciones de los demás. A ponerse en los zapatos del otro. A no intentar imponerse sino a entenderse. A compartir sus intereses comunes y a defenderlos. En últimas, eran más los factores comunes que los individuales. Y se hizo necesario desarrollar la consciencia de que, para lograr esa particularización, es más fácil lograrla de manera individual y "rascarse las pulgas por cuenta propia", antes que intentar lograrla de forma colectiva.

Con este nuevo restablecimiento del orden, hubo consenso en la necesidad de lograr conexiones profundas entre desconocidos.

Esta estructura eliminó los egos sobredimensionados y el afán de dominar por encima de los otros para reconocer que todos son los mismos y la coherencia de los individuos como especie. Una inteligencia colectiva.

Nota: esta, como cualquier utopía, cuenta un futuro idílico favorecedor del bien humano. Dibuja un punto en el horizonte para procurarlo dentro de las restricciones y devenires que la realidad de la vida impone. Como este, hay muchos otros idilios sociales posibles, tantos como lectores encuentre esta columna. ¿A cuál le apunta? ¿Cómo se lo sueña? ■

EN LA BRECHA

DEL FRACKING DEPENDE EL FUTURO

Por **RAFAEL NIETO LOAIZA**
rafaelnietoloaiza@yahoo.com



En sus primeras declaraciones, sin haber coordinado con sus colegas del gabinete responsables de esos asuntos ni con el presidente, y opinando sobre temas de los cuales no es experta, la Ministra de Ciencia y Tecnología se vino lanza en ristre contra el *fracking* y el uso del glifosato. Sobre el glifosato y su importancia en la lucha contra el narcotráfico he escrito varias columnas. Por eso prefiero centrar esta en el *fracking*.

En el 2018 Colombia exportó US$ 41.831, un 10.4 % más que en el 17. Las ventas de las industrias extractivas sumaron US$ 24.709 millones, el 59 %. De ellas, las exportaciones de petróleo y sus derivados fueron de US$ 16.482 millones. Es decir, el petróleo y sus derivados fueron el 40,9 % de todas las exportaciones colombianas. Más aún, mientras las exportaciones del sector petrolero aumentaron un 17,5 %, los demás sectores solo lo hicieron un 1,6 %.

El impacto económico del sector no ha sido suficientemente bien valorado. Solo Ecopetrol aportó en el 18, entre impuestos, dividendos y regalías, 23 billones de pesos. Las transferencias de todo el sector pasan los 30 billones. Es decir, entre 4 y 5 reformas tributarias, reformas que recogen cada una entre 6 y 8 billones de pesos.

Ocurre que Colombia produce petróleo pero no es un país petrolero. En efecto, para fines del 18 había reservas probadas por 1.727 millones de barriles. En otras palabras, teníamos petróleo para 6.3 años y gas para 11.1 años. Muy poco.

Peor, de los 865 mil barriles promedio diario que producimos, se consumen 368 mil y hay disponibles para exportar 497 mil. Si perdemos capacidad exportadora, dejaríamos de recibir US$ 16.4 mil millones. Pero si además tenemos que importar, tendríamos que pagar por los 368 mil barriles diarios que consumimos. A un promedio de 60 dólares, gastaríamos US$ 8.059 mil millones en importar petróleo.

El punto: no tenemos cómo compensar los ingresos de las exportaciones petroleras ni los 30 billones de pesos en transferencias del sector. Y no tendríamos cómo pagar las eventuales importaciones. Perder la autosuficiencia petrolera, cosa que está a la vuelta de la esquina, dispararía el dólar por encima de los siete mil pesos, requeriría una brutal reforma tributaria a cargo de unos ciudadanos exhaustos que no aguantan un impuesto más y, aún con la reforma, obligaría a un drástico recorte del gasto público, aparejaría la caída del PIB en al menos punto y medio, dispararía los precios de la gasolina y el gas, y aumentaría de manera gravísima el desempleo y la pobreza. Dicho de otra manera, daríamos un salto hacia atrás y seríamos mucho, muchísimo más pobres.

Eso, no otra cosa, es lo que nos jugamos. De manera que para mantener la autosuficiencia petrolera y, ojalá, nuestras exportaciones, es indispensable encontrar petróleo rápidamente y extraerlo. Y eso solo es posible a través del "recobro mejorado" de crudos pesados y, en especial, del *fracking* (fracturación hidráulica en español), que no es otra cosa que una técnica que permite la extracción de yacimientos no convencionales. No hay alternativa.

El fracking permitiría agregar entre 2.000 y 7.000 millones a las reservas petroleras. De ellas depende el futuro de Colombia.

Por supuesto, hay que hacerlo con todas las medidas medioambientales que sean indispensables. En el mundo hay más de dos y medio millones de pozos petroleros que usan esa técnica. En Estados Unidos y Canadá, donde los estándares medioambientales son altísimos, no ha habido ni un solo caso de contaminación de acuíferos por *fracking,* entre otras razones, porque esas grandes bolsas subterráneas de agua se encuentran miles de metros más cerca de la superficie que los yacimientos no convencionales, usualmente ubicados a grandes profundidades, a los que se accede a través del *fracking*. Los casos de contaminación encontrados, muy pocos, no son responsabilidad de la facturación hidráulica sino de defectos en los pozos, defectos que también ocurren en los pozos convencionales.

En fin, el *fracking* permitiría agregar entre 2.000 y 7.000 millones a las reservas petroleras. De ellas depende el futuro de Colombia. Sí, hagamos el debate, pero de manera seria e informada y midiendo con cuidado el impacto que tendría para el país no hacer fracking ■